

num 164

8

IQHÉ VIUDITAI

---

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓ

---

---

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARINO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## ¡QUÉ VIUDITA!

Divertida comedia frívola, de gran presentación,  
hablada y cantada en inglés, con explicaciones en español

Dirección de ALLAN DWAN



Es un film UNITED ARTISTS  
Distribuido por  
LOS ARTISTAS ASOCIADOS  
Rambla de Cataluña, 60 y 62  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

## REPARTO

<i>TAM</i> . . . . .	GLORIA SWANSON
<i>Valli</i> . . . . .	Margaret Livingston
<i>Gerardo Morgan</i> . . . . .	Owen Moore
<i>Victor</i> . . . . .	Lew Cody
<i>Ivan Barsikoff</i> . . . . .	George Gaye
<i>José Alvarado</i> . . . . .	Herbert Braggiotti
<i>Paulette</i> . . . . .	Adrienne d'Ambricourt
<i>Masajista</i> . . . . .	Daphne Pollard
<i>Marquesa de Poussenouget</i> . . . . .	Nella Walker
<i>Abogado Lodge</i> . . . . .	William Holden

# ¡QUÉ VIUDITA!

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

---

### I

Envuelta en la obscuridad de la noche en la que Bedford se hallaba sumido, una mujer enlutada avanzaba con paso decidido. Apenas se la distinguía, debido al traje enlutado que cubría su cuerpo menudo y juvenil. La sombra del ala del sombrero que proyectaba una mayor obscuridad en su rostro, no bastaba para desvanecer el brillo de unos ojos grandes que se movían inquietos, mirando en lontananza dos puntos distintos que, sin embargo, convergían en un mismo objeto de ansias: la curva

de la vía del tren, por donde tenía que aparecer el expreso, y la estación.

No era aquella en verdad una hora propicia, dadas las morigeradas costumbres de Bedford, para que una mujer—y por añadidura una mujer joven y bella—anduviera a solas por las calles.

Pero muy poco parecía importarle a Tam—nuestra heroína—lo que al día siguiente pudiese decir la esposa del vicario, que tenía la certeza la había visto pasar desde la ventana donde, según las

malas lenguas afirmaban, solía estar la mayor parte del día y de la noche con el fin de espiar todo lo que hacían y dejaban de hacer los vecinos de Bedford.

En efecto, muy poco importaba a Tam lo que la estirada señora comentara al otro día. Si, precisamente, la mayor alegría de Tam era el hecho de que ya no le iba a ser preciso refrenar sus arrebatos infantiles, su gozo juvenil, durante tanto y tanto tiempo amordazados por el *qué dirán*.

¡Oh! Era a cada momento que Tam se daba cuenta de la enorme diferencia entre no ser ya la *señora* Brooks y el soberbio porvenir que le ofrecía llamarse la *viuda* Brooks. No podía sentir mucho la muerte de su marido. Ella misma se condenaba por esto; pero era verdad y no sabía ser hipócrita. Afecto de esposa jamás lo había sentido por su viejo esposo...

Mil bulliciosos proyectos llenaban su cabecita, cuando llegó a la estación. Le parecía en medio de su júbilo que todo era una irrealidad de la que pronto sería desperdada. Era tanta su dicha que la

temía, puesto que jamás había podido gozarla a sus anchas y si había estado siempre bajo la férula de un hombre viejo y cascarrabias que no había sabido interpretar el ardor juvenil de su pupila.

El silbido agudo de la lejana locomotora, advirtiendo a los soñolientos habitantes de Bedford que pasaba cerca de ellos el medio de comunicación con las lejanas y alegres ciudades, sacó a Tam de su ensimismamiento.

¡Ahí venía, ahí estaba! Siempre había sentido la joven un gran cariño por los monstruosos caballos de acero que arrastraban tantos vagones hacia la libertad. Siempre; pero en su cariño había antes un poco de envidia por lo que no le era dable gozar, aun cuando tenía la confianza de que algún día ella sería también como uno de los otros seres que llenaban sus vagones, y como esos seres iría a vivir su vida en la lejana ciudad de Nueva York.

Por esto se estremeció al sentir sobre sus ropas el vaho del monstruo de acero que al llegar a la estación la envolvió por unos ins-

tantes. Parecióle a Tam que la acariciaba un viejo amigo, un viejo amigo que de tiempo aguardaba se decidiese a ir con él. Y los ojos bellos de la joven irradiaban una luz más pura al paso de los vagones, cuyo interior percibía como los preludios de una vida nueva.

Paró por fin el tren y vió bajar al jefe del convoy: un hombre de edad madura, muy sonriente, muy amable; que parecía invitarla a subir.

Y Tam se precipitó más que anduvo hacia el vagón, quizá temerosa de que se le escapara aquel viejo amigo por el que tanto había suspirado...

Y poco después, apenas aposentada en su departamento, oyó el primer resoplido de la locomoto-

ra; notó el primer vaivén y el agudo silbido del vapor. Y Tam creyó que aquella vez tenía el silbido un tono de burla, de escarnio hacia las gentes morigeradas de Bedford, aquellas que durante tanto tiempo habían vigilado su comportamiento por envidia y por incompreensión de que se hubiese unido a un viejo ricacho, cuando apenas si había llegado a ser mujer.

Luego, lo olvidó todo. El traqueteo del tren llevándola hacia la libertad, devorando kilómetros de la llanura inmensa, la sumergió en un especie de somnolencia. Se dejaba mecer y ante sus ojos se abría la gama maravillosa de la Nueva York gigante, de sus inmensos rascacielos, de sus diversiones, de su despreocupación...

\* \* \*

Estaba Tam indolentemente sentada. Y en sus labios bermejos burbujecía la alegría de una sonrisa.

No le era posible tomar en serio al abogado Lodge; no le era posible, porque sabía que a pesar de la terrible filípica que lanzaba,

en el fondo el buen viejo celebraba lo que había hecho. Le conocía de muchos años, desde cuando ella era una chiquilla y él la sentaba en sus rodillas, como antiguo camarada que era del viejo Brooks. Y por esto sabía lo que quería decir aquella luz traviesa que aparecía en sus ojillos de hombre bueno y que toda su aparente pose de hombre terrible no llegaba a hacer desaparecer.

—¡Señora Brooks!..—terminó Lodge, después de una larga peroración que no tenía la seguridad de que ella hubiera escuchado con la necesaria atención—. ¡Señora Brooks!—repitió, buscando la frase terrible que hiciera mella en la inquieta viuda—. ¡Eso fué una fuga!

Pero apenas hubo pronuciado esta frase comprendió que ella sabía ya que no era tan grande el crimen como pretendía pintárselo. Y casi estuvo a punto, también, de echarse a reír, al percibir el casi imperceptible encogimiento de hombros con que ella acogió sus últimas palabras.

Y no obstante añadió, pero ya sin mucho convencimiento:

—¡Una viuda debe llorar a su marido por lo menos un año!

Tam le miró, le miró con sus ojos grandes, bellos... Y Lodge pensó que el viejo Brooks no se merecía ciertamente que tan hermosos ojos se estropearan vertiendo lágrimas en su recuerdo.

La sinceridad era la principal cualidad del abogado. Y así, luego de dar dos o tres vueltas por el despacho, se plantó ante su cliente, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, y confesó:

—La verdad es que, a pesar de ser su abogado, aun no sé por qué se casó usted con aquel viejo bilioso.

Tam se enderezó un poco al responder:

—Era mi tutor. No pude negarme.

Lodge hizo un gesto de asentimiento. Comprendía.

La joven, mientras, desgranaba en breves palabras el rosario de sus pensamientos:

—Cierto es que viví como en una tumba. Pero, ahora... ¡soy li-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

bre! ¡Libre! ¿Comprende? Me halló en plena juventud... ¡Quiero aventuras, amores!... Pero no volver a casarme, sino vivir, amar, conocer a los hombres... ¡Todo lo que me estuvo vedado!

El abogado sonreía, un tanto compadecido. ¡Condernado viejo! ¿Cómo se le ocurrió encadenar a su lado a tan linda chiquilla, cuya sangre bullía ardorosamente? No iba a ser él quien reprobase lo que aquella mujercita llevase a cabo en el usufructo de su libertad.

A Tam le había acudido una duda, un temor necio, pero que calmó un poquitin sus entusiasmos.

—¿Habré heredado algo, no? —preguntó a Lodge, queriendo leer en sus ojos la respuesta antes de que la pronunciaran los labios del viejo abogado.

Este se hallaba sentado cómodamente en su amplio sillón. Adoptó una actitud grave que, por unos segundos, suspendió la marcha acelerada del corazón de la alegre viudita.

—Sí, algo—dijo al fin, lentamente. Y repitió—: Algo. ¡Cinco millones de dólares!

Ni tuvo tiempo de defenderse. Sólo oyó un grito de júbilo, y vió caerle encima a la enloquecida Tam, sintiendo casi al mismo tiempo el cálido contacto de los labios de su cliente en una mejilla. Y cuando volvió de su asombro, ya ella estaba con las manos juntas en actitud de alegre recogimiento y repetía:

—¡Cinco millones! ¡Cinco millones! ¡Cinco millones!

Y luego el viejo abogado hubo de aguantar la terrible racha de proyectos de la viudita millonaria:

—¡Iré a París! ¡A Londres! ¡A Montecarlo! ¡A Viena...! ¡Recorreré el mundo!

Y mientras Tam seguía la enumeración de todo lo que pensaba llevar a cabo, Lodge decíase que no podían tener mejor empleo los dólares que aquel viejo cascarrabias de Brooks había acumulado en el transcurso de los años...

Su único sentimiento era no tener menos años y no tantos quehaceres para que le fuera posible servir de mentor a la viudita, en su marcha triunfal por el mundo.

II

Cuando Tam pisó la cubierta del gran vapor que la iba a transportar a la vieja Europa, era tanta su alegría que de buena gana se hubiera puesto a gritar y bailar, al propio tiempo que a detener a todo el mundo, para hacerles saber que después de muchos años de estar encerrada en un pueblo iba al fin a conocer lo que eran diversiones.

Su paso, sin embargo, no dejaba de llamar la atención de los pasajeros, y más de uno se volvía, contemplando con interés a la bella mujercita a la que tan amablemen-

te atendía un oficial. Quizá influía un poco el rumor que ya se esparciera por el barco de que se trataba de cierta viuda millonaria que iba a París en plan de divertirse en grande.

La viudita estaba realmente encantada. Todo le parecía precioso, soberbio y por esto iba deteniéndose a cada paso, de manera que al poco tiempo quedó separada de un gran trecho de Paulette—una criada francesa que había adquirido—y del servicial oficial que la guiaba.

Si es verdad lo que afirman los

novelistas de que el Destino tiene originales jugarretas para entrelazar las vidas de los hombres y las mujeres, en esta ocasión ese poder misterioso, a quien todo achacamos, se valió de un aspirador para poner en contacto con la vida de Tam, a cierto apuesto joven, llamado Gerardo Morgan, que se cruzó con ella en un pasillo y, por cierto, que con relativa indiferencia.

Tam, como toda buena viudita que se precie, llevaba en su enlutado sombrero el largo velo colgante que la tiránica moda impone. Sin este adminículo tan ligero y sin el potente aspirador, a buen seguro que la profunda impresión que los dos jóvenes experimentaron no hubiese llegado a tener lugar. Así sucedió que al cruzarse los dos frente al aspirador, el velo tuvo la ocurrencia de elevarse e ir a enrollarse en torno del cuello del caballero, que mal de su agrado se vió unido a la enlutada dama, so pena de conformarse a perecer estrangulado, cosa ésta que no hemos hallado recomendada en ningún tratado que informe sobre

la forma de comportarse en sociedad.

—¡Usted perdóne!—hubo de decir Tam, esforzándose por ver con detenimiento al caballero que su indiscreto velo había enlazado.

—¡No hay de qué!—se apresuró a responder Morgan, mientras luchaba por alinear un poco la nueva corbata que se había encaprichado de su cuello.

—¡Créame que lo he hecho sin intención!—añadió la viudita, al tiempo que se llevaba las manos al sombrero, que corría inminente peligro de abandonar su cabeza, debido a los diferentes tirones que recibía del cazado joven, en su afán por librarse de la trampa.

—¡No tiene por qué excusarse, señora!—dijo él—. ¿Y si quisiera permitirme dar unas vueltas para que le restituyera el velo?

—Es usted muy amable. Probemos. ¿Hacia dónde debo girar? ¿Hacia ese lado?

Y Tam, como es conveniente haga toda mujer que se considere, hizo todo lo contrario de lo que hubiese sido procedente llevar a cabo. El resultado fué que ya ha-

cia un lado, ya hacia otro, el enredo se hacía mayor, y únicamente parecía que estaban marcando los pasos de algún nuevo baile, acabadito de inventar...

A Gerardo, sin embargo, ya no le gustaba aquel constante volteo. El era muy galán con las damas, pero hasta ahora su galantería no había sido puesta a prueba a base de quedar enlazado como un potrillo indómito. Y por esto con un poco más de energía por parte de él y la coincidencia de que ella acertase en lo que debía hacer, se consiguió al fin que la enredada pareja quedase en completa libertad.

Hay que decir que Morgan pensaba despedirse con cierta brusquedad, ya un tanto molesto, pero la vista de la autora del desaguisado le hizo variar un poco de parecer.

Y a buen seguro que le resultó desagradable que en aquel momento hiciera acto de presencia la criada francesa que venía en busca de su perdida ama, seguida del cada vez más galante oficial.

Un breve saludo y se separaron.

Tam, sin embargo, recordó al joven. Y en su plan de diversiones, pensó que mucho le gustaría fuese el desconocido quien le diera a conocer las primicias de la divertida vida que estaba dispuesta a gozar.

En el departamento que había tomado para el viaje, encontró al bueno del señor Lodge, que terminaba de dar una ojeada, con el fin de quedar convencido por sí mismo, de que la viudita quedaba perfectamente instalada.

La joven le sonrió, alegre, feliz. Y con verdadero reconocimiento tomó el gran ramo de rosas que el anciano le tendía, al tiempo que se inclinaba.

—¡Flores!—dijo ella, con voz agradecida y alargándole la otra manita que quedaba libre—. Siempre tan amable.

—Es el deseo de su abogado que tenga un buen viaje. He aquí su carta de crédito. Y me voy, presuroso, que ya han dejado oír la sirena dos veces y van a quitar la pasarela.

Ya en la puerta, se volvió:

—Si necesita algo, Gerardo

Morgan, de nuestra firma, va a bordo. ¡Un feliz viaje!

—¡Un millón de gracias por todo, señor Lodge!

Luego, Tam quedó sola. Desde su camarote asistió a los trabajos del desamarre. El alejamiento del muelle. Vió entre la muchedumbre que despedía al barco, la figurita menuda de su abogado. Le saludó alegremente, aun cuando no estaba segura de que pudiese verla... Pero es que él era todo lo que dejaba en América, y notaba ahora que sentía un poco de cariño por el buen abogado...

.....

Pasaron las horas.

Tam ya se había acostumbrado un poco a la sensación del barco, si bien no estaba segura de no marearse. Se sentía bien, muy bien, en aquel departamento lujoso, el mejor del buque. Si no hubiera sido por el ligero movimiento, ni se hubiese dado cuenta de que iba por el mar. Pero aquello consistía para ella una preocupación de la que en vano pretendía escapar.

Había cambiado ya de vestido.

El que llevaba ahora no era de luto, porque el verdadero luto se siente en el alma, y ella no lo sentía. Puesto que había dejado América, en ella quiso que quedara el recuerdo de sus años malos. Ahora comenzaba la vida nueva.

Sentada al lado del ventanillo, conversaba con Paulette — que arreglaba el equipaje y la ropa— y miraba el mar y el astro de la noche que teñía de plata las olas...

Tam, siempre había tenido buena voz y sentídose aficionada a las canciones... Aquella noche, la primera que pasaba lejos de su patria, y con rumbo a una vida nueva, la viudita sentía un poco de nostalgia.

¿Qué le aguardaba allá?

Sin darse cuenta, comenzó a desgarrar una canción; una canción dulce, melancólica, que el rumor del mar y el martilleo de la máquina del barco parecían acompañar.

Paulette sonreía; quería a su nueva ama. ¡Era tan buena y tan joven!

—Dice la canción que la luna nos concederá un deseo...—turmuró a poco Tam, dirigiéndose a

su doncella—. ¡Vamos a ver si es verdad!

Y con tono más suave aun, volvió a cantar, para intertumpirse luego un poco desilusionada:

—¡Pero es tanto lo que deseo!...

El astro de la noche, en donde fueron a posarse sus ojos, parecía burlarse de ella. Tam iba a seguir cantando, cuando alguien apareció en el ventanillo y la miró con jubilosa sorpresa.

Tam le reconoció en el acto. Era el caballero que ella enlazara en el pasillo unas horas antes. Cuando se hubo repuesto, le sonrió y él igualmente. Pero seguían en la misma postura, sin saber qué decir. Ella arrodillada en el diván; él, junto al abierto ventanillo del camarote de la viuda.

Y quién sabe el tiempo que hubiesen continuado así, ganados por la originalidad de la situación y por el ambiente romántico que creaban la luna y la canción que aun parecía vibrar en el aire, de no cortar el encanto Paulette con este ruego:

—*Monsieur* ¿será tan amable

que querrá pedir *champagne* para *madame* Brooks?

Y antes que Tam pudiese protestar, añadió:

—*Madame* no se encuentra muy bien.

—Comprendo. El *champagne* es buen remedio. Evita el mareo.

Se inclinó ante la viudita y se retiró.

—¿Cómo te has atrevido, Paulette?...—comenzó Tam.

—¡Oh! Es que a bordo todos somos una gran familia, *madame*.

Morgan iba presuroso a cumplimentar el encargo que recibiera. Resultaba un placer para el joven abogado. Aquella mujercita que tan originalmente conoció, la recordaba con verdadero placer, y el hecho de que se tratase de la viuda Brooks, cuyo cuidado le había encomendado su socio Lodge, no hacía más que aumentar la satisfacción.

Había reconocido la voz de la desconocida en la de la canción que llegara a sus oídos, unos momentos antes, cuando apoyado en la borda contemplaba la belleza del mar. Y el deseo de volver a ver a

la encantadora morena de tan bellos ojos, le había impelido a acercarse al ventanillo en una verdadera indiscreción que sólo el motivo de la canción pidiendo la realización de un gran deseo podía excusar.

¡Qué bella era la viuda Brooks!, pensaba Morgan, al tiempo que andaba apresurado por los pasillos de los camarotes. ¡Y qué fortuna la suya con el hecho de que le hubiesen solicitado un favor!

Otra voz conocida, le hizo detenerse mal de su grado. Le llegaba gracias a que estaba entreabierta la puerta del camarote donde tenía lugar la discusión. Se trataba de Victor, el gran bailarín, que seguramente estaría borracho por no perder la costumbre. A buen seguro que quien estaba con él era su pareja.

—¿Soy o no soy tu marido?— decía él con voz tartajosa.

—Por desgracia. Mi marido eres y un borracho.

—Pero, si sólo bebí dos...

—¡Dos litros!—le interrumpió ella furiosa.

Se sonrió Morgan al tiempo que

sonaba una gran carcajada de Victor, a quien parecía haber hecho mucha gracia el chiste de Valli, su mujer.

El joven abogado echó a andar, presuroso. Aquella pareja siempre andaba igual, pero se querían.

Sin embargo, pronto lo olvidó todo. Lo que le interesaba era regresar pronto al lado de la seductora viudita. Pero como no era cosa de hacerlo solamente con la botella de *champagne*, Gerardo compró un bellísimo perro de juguete estilizado.

Su propósito era pasar raudo por delante del camarote de la pareja de bailarines que, como le conocían, le iban a entretener. Y casi lo había ya logrado, cuando la puerta del camarote se abrió con precipitación, luego de una aguda discusión, y una mujer fué a tropezar con la bandeja que Gerardo llevaba.

—¡Oh... señor Morgan!—dijo Valli, al ver caer al suelo la botella de *champagne*, que se hizo mil pedazos—. ¡Perdóneme!

—¡No vale la pena, señora!—respondió el abogado, pero mal-

diciendo la pérdida de tiempo que ello significaba.

—¡Estoy desolada!

—¡Diantre! ¡Mi amigo Gerardo!—exclamó en aquel momento Víctor, que apareció en el pasillo, cargado con una botella de *champagne*, que en vano se empeñaba en abrir.

—Acepte esta botella en lugar de la que le he roto—rogó Valli, quitando a su marido el trabajo que tenía—. Se lo suplico...

—Pero, señora...

—Es incorrecto beber a solas—interpuso Víctor, volviendo a hacerse con la botella.

—El incorrecto eres tú, carcajal—aseguró ella, apoderándose otra vez del *champagne* y colocándolo en la bandeja—. No se preocupe, señor Morgan. Váyase, que le estarán aguardando...

—Agradecidísimo...—dijo finalmente el abogado, inclinándose y echando a andar.

—No vale la pena.

—¡Cómo que no! ¡Es una botella de cincuenta francos!

Pero no valían las protestas de

Víctor. Gerardo aun llegó a oír que Valli decía:

—¡Ese hombre es abogado! Quiero tenerle contento, porque deseo divorciarme... ¿Comprendes?

—Lo que comprendo es que he perdido la botella de *champagne*.

Morgan reía. Aquel Víctor era terrible. Se podía decir que siempre estaba beodo. No recordaba haberle visto nunca completamente sereno.

Y cuando entraba en el departamento de la viudita, le llegó la voz del bailarín que desde el otro pasillo gritaba:

—¡Eh, espere! ¡Que voy detrás de esa botella!

Gerardo cerró dando un portazo. Había visto a la encantadora viuda Brooks que, tendida en un diván, procuraba calmar su dolor de cabeza.

El joven se le acercó sonriente, y antes que otra cosa le entregó el perro que había comprado para ella. En la boca, el animal de trapo llevaba su tarjeta:

—Para defenderla—manifestó sonriente, al dárselo.

—Es usted muy amable... ¡Oh—  
—dijo al poco, al leer la tarjeta—  
un abogado!

El se inclinó, asintiendo.

—Mi primer servicio es de de-  
fensa.

—¿Es usted casado?

Morgan se interrumpió en la  
importante operación de destapar  
la botella de *champagne*.

—No—respondió con preste-  
za—. Y luego, mirándola:—Aun  
no.

Tam se sonrió. Era simpático  
su abogado. Porque pertenecía a  
la firma que servía a ella. Miró el  
extraño perro que le había rega-  
lado y dijo:

—Le llamaré Gerardo.

—Muy agradecido—repuso el  
abogado, al tiempo que servía el  
espumoso vino en las dos copas—.  
Así cada vez que lo llame pensará  
en su humilde servidor.

La viadita tomó su copa y, mo-  
jando sus deditos en el vino, bau-  
tizó solemnemente al animal de  
trapo, que no se dignó protestar.

Luego levantó la copa de vino  
en un mudo brindis, que el aboga-  
do explicó:

—¡Que el primero no sea el úl-  
timo!

—¿Cómo?

Morgan se apresuró a corregir  
la plancha:

—Quiero decir... nuestro en-  
cuentro.

Tam echóse a reír divertida.  
¡Que júbilo le producía el burbu-  
jeante vino! ¡Nada le parecía tan  
delicioso como la alegría!

Se levantó y dió vuelta al inte-  
rruptor de la radio. Una musiqui-  
lla alegre vino a inundar el depar-  
tamento.

—Bonita música...—dijo el abo-  
gado—. ¿Me permite bailar con  
usted?

—Hace años que no bailo.

—¿Qué importa? Debe usted  
ser una pluma «deliciosa de trans-  
portar...»

Y Tam dejóse llevar. Pero con  
tan mal fortuna que a pesar de  
"ser una pluma", como le había  
dicho Morgan, éste recibió un pi-  
sotón que no resultó de tan ligero  
peso.

—¿Puedo enseñarla?—propuso  
el joven, en su deseo de evitar otro  
pisotón de la "pluma".

—Encantada...

Pero apenas habían comenzado los primeros pasos, hizo su aparición Víctor, que por fin había hallado el rastro de su botella.

Al ver el trabajo que llevaba a cabo Morgan, el bailarín sintió despertar en él sus dotes naturales y aprovechando uno de los pasos que pretendía Gerardo hacer aprender a Tam, la tomó de la mano y obligándola a que se volviera hacia él, se presentó:

—Soy Víctor, el famoso bailarín.

—¡Oh!—exclamó Tam, llena de júbilo—. ¡Enseñeme a bailar!

—¡Cómo no! ¡Es para mí un placer!

Y antes de que nadie pensara en oponerse, la "enseñó a bailar". La lástima fué que los bailes de Víctor no eran precisamente de salón,

sino de exhibición, con clasicismo y todo, y con un final muy rápido, girando ella en el suelo, donde hubo de quedarse la infortunada Tam, completamente mareada por el vino, el baile y el mar.

Víctor, a pesar de la turca que llevaba, comprendió por el terrible gesto de su amigo Gerardo que no era precisamente un aplauso el que iba a recibir por su actuación. Y estimó que lo más oportuno era dejar la persecución de la botella y hacer lo que vulgarmente se denomina "ahuecar el ala".

Por fortuna para él, Tam, en su balanceo, aun tuvo tiempo de exclamar:

—¡No importa! ¡Somos una gran familia!

Y Gerardo, con ayuda de Paulette, tuvo que entregarse al trabajo de recoger lo que había quedado de la deliciosa viudita.

III

La viuda de Brooks, la alegre viudita como la llamaban sus admiradores—y eran una legión—, había conquistado a todo el mundo. Por esto la fiesta que Tam dió antes de desembarcar, se vió concurridísima por lo mejor de la sociedad de a bordo.

Tam estaba que no cabía de gozo ante el hecho de que la orgullosa marquesa de Fousseuauget le hubiese alquilado su casa de París, y, en fin, por las innumerables pruebas de aprecio que recibía por todas partes. La obligaron a cantar varias veces, porque ya era sa-

bido que tenía una voz bellísima.

Por fin todos se fueron despidiendo. Quedó solamente Gerardo Morgan que ya era un íntimo amigo de la deliciosa viudita.

Ella en cuanto se vió sola, se dirigió a su abogado, con las manos extendidas.

—¿Es usted feliz?—le preguntó el joven, al tiempo que aprisionaba las manos de ella.

—Sí; ¡como no serlo si todo el mundo es tan amable conmigo! ¿Le molesta acaso?

—¡Oh, no! Pero quisiera pedirle un favor...

—Diga, Gerardo.

—Lo oí esa última canción.  
¿Quiere cantarla de nuevo?

—Ya sabe que me gusta complacerle, amigo mío.

Mientras cantaba, los ojos grandes de ella estaban fijos en el joven. Morgan se sentía ganado por aquella mujer deliciosa. Le parecía que la canción de amor que ahora fluía de sus labios, tomaba un tono más íntimo al ser cantada para él solo. Y la tortura que sentía el joven en su afán casi incontenible de besar aquellos labios que tan bellas palabras sabían decirle, fué por fortuna cortada cuando ella terminó la lánguida canción.

—Tam—preguntóle con ligera emoción—, ¿le gusta que le hagan el amor?

—Sí... Pero no todos saben hacerlo.

Gerardo le tomó las manos y la atrajo hacia sí.

—Tam... yo.. le diría a usted...

Sabía lo que quería decir, pero no hallaba las palabras a propósito. ¡Aquellos ojos, aquellos ojos

tan bellos que le turbaban! Por eso parecía un inocente colegial balbuciente, en lugar del ducho abogado que era.

—¿Qué me diría usted, Gerardo?—inquirió ella.

—Usted necesita...

Otra vez se detuvo. De buena gana hubiese ahorrado palabras y ganado tiempo estrechándola entre sus brazos y gozando el néctar de sus labios.

—El amor de un hombre...— terminó al fin.

Y entonces Morgan creyó leer en los ojos de la bella el asentimiento a sus palabras y el deseo de gozar ya del amor que él le ofrecía. Estrechó fuertemente contra su corazón las manos que aprisionaba. Pero casi inmediatamente, cuando ya casi sus labios iban a posarse en los de Tam, Gerardo sintió la terrible frialdad del ridículo. Vió en los ojos de la alegre viudita una luz burlona; recordó sus descos de gozar de la vida, de burlarse de todos los hombres. Y temió ser un juguete en sus manos. Dejóla libre y se echó a reír.

Ella también, y preguntó:

—¿El suyo?

—¡Sí...!—dijo él, e inmediatamente—: ¡Y no!

Hubo una pausa. Cuando Gerardo volvió a dirigirse a su adórbable cliente, era ya el abogado. Había dominado sus emociones. Por lo menos así lo creía.

—He aquí el caso; es usted joven, rica, hermosa...

—¿Puede sentarse el reo?—preguntó Tam, interrumpiéndole con coquetería, al tiempo que se dejaba caer en un blando diván.

El asintió y continuó:

—Fácilmente podrían engañarla. No conoce usted mucho a los hombres, es demasiado joven para ello. Y serán muchos los que se le van a presentar ofreciéndole brillantes posiciones, al parecer. Tratará a infinidad de vividores, de cazadores de fortuna, ¡qué sé yo! Puede usted tener una hora de debilidad, el ambiente quizá influya mucho; una palabra que diga... Y podría usted elegir un marido indigno...

Tam se puso en pie, violentamente, al oír estas últimas pala-

bras. Se acercó a su abogado y dijo con decisión:

—¿Brooks fué mi primer marido... y el último!

Morgan quedó un instante silencioso ante esta afirmación. Luego sonrió. ¡Era la viudita tan joven! ¡No podía saber lo que decía! La contemplaba tan bella que demasiado comprendía él no sería cierto lo que aseguraba. Ahora mismo le gustaba con delirio su decisión y firmeza, que la hacían más hermosa.

Sin poderse contener la tomó por los brazos y la acercó más a su lado. Agitando la cabeza, como quien pretende hacer ver a una chiquilla que ha dicho una tontería, comenzó con voz persuasiva:

—Algún día hallará usted un hombre...

—¿No será un severo abogado!—cortó ella, manifiestamente molesta de que no la tomara en serio.

El la miró. Ya no había sonrisa en sus labios, sino resquemor. Se inclinó en silencio, despidiéndose...

Y Tam pensó que había sido excesivamente dura con su buen

amigo, y que le sabía mal. Por esto se acercó ahora a él y poniéndole a su vez las manos sobre los hombros, le pidió con voz insinuante:

—Gerardo... Quédese a ver la salida del sol.

Desgraciadamente el abogado era un tanto orgulloso. Recordaba las palabras de ella, hacía pocos instantes. Y por esto se libró de la dulce cárcel de sus brazos al tiempo que, mirándola a los ojos, le advertía:

—Excíseme. Podría olvidarme mi severidad.

También Tam se sintió ofendida. ¿Qué se imaginaba aquel presumido? ¿Que ella...?

Gerardo ya estaba en la puerta. Miró una vez más, con sentimiento, a la bella mujer que tanto inquietaba sus sueños, y en un afán innato de protección la rogó:

—Cierre la puerta.

—¿Y si no quiero?—preguntó ella, que veía aún la posibilidad de que él cediese.

El abogado se encogió de hombro. No se atrevieron a decir los

labios lo que era fijo ya en el pensamiento.

—¡Usted no volverá! — dijo Tam, retadora.

—¿Me desafía? — preguntó Morgan, brillantes los ojos.

—Puesto que es abogado, averíguelo.

Se sonrieron los dos, y el abogado cerró la puerta que los separaba. Y durante unos instantes, uno a cada lado estuvieron pensando en si no era mejor dejar las rencillas y comenzar la vida de felicidad que sabían iban a disfrutar.

Pero en la mente de Gerardo repercutieron las palabras de ella. *Si alguna vez se enamoraba de nuevo, no sería de un severo abogado...* Y el temor de que sólo fuera a servir de juguete suyo, le alejó.

No estuvo mucho tiempo abismado en sus pensamientos. Justamente cuando pasaba por delante de su camarote, Valli le salió al encuentro. Estaba nerviosísima.

—Morgan — dijo, tomándole del brazo — ¡Victor ha desaparecido!

¿Qué le importaba a él, en aque-

los instantes, lo que hiciera el bailarín, ni los celos de su esposa?

Pero ella no le soltaba. Le había hecho dar la vuelta y colgada de su brazo deambulaban por los pasillos. Le explicaba su deseo de divorciarse de su marido porque estaba enamorada de un violinista ruso y, luego, enumeraba todos los cargos pequeños que puede encontrar una mujer contra el hombre que ya ha dejado de interesarle.

—Yo no me ocupo de divorcios—le hizo saber, finalmente, Gerardo, cansado ya de su pesadez.

Pero en aquel instante levantó la cabeza y advirtió con alegre sorpresa que se hallaba frente al departamento de su viudita. Se olvidó de todo, de oír las explicaciones de Valli, quien quería convencerle de que su caso bien merecía que hiciese una excepción y se encargase de tramitarle el ansiado divorcio...

Sólo pensaba Gerardo en Tam. Y con más o menos disimulo, consiguió acercarse a la puerta y empujarla. ¡Estaba cerrada!

¡¡Estaba cerrada!! Esto signi-

ficaba, entonces, que Tam le temía... ¡Luego no estaba segura de sí misma! ¡Entonces era que le amaba!

Y ya contento y satisfecho, escuchó con profunda atención las acusaciones de Valli contra Víctor y todos sus esfuerzos tendieron a convencerla de lo contrario.

—No se divorcie, Valli...

Y ante el asombro de su interlocutora, que no comprendía cómo después de escucharla tanto tiempo le aconsejaba de aquella manera, él continuó teniendo su pensamiento en una ilusión que estaba viendo transformarse en dulce realidad:

—¡Nada hay tan bello como el matrimonio!

Y dejando a Valli en la puerta de su camarote, fuése a cubierta para soñar, mirando a la pálida luna, en la dicha que iba a gozar al lado de la deliciosa viudita...

Entretanto en el salón del departamento de Tam, Víctor, el marido de Valli, suspiraba satisfecho por haberse librado de su mortificante costilla merced a haberse encerrado tras la primera puerta que

encontró al paso. Y como quiera que no tenía muchos deseos de que le amargasen la botella de *champagne* que acababa de ingerir y allí había un dulce diván que se le brindaba acogedor, creyó que lo oportuno iba a ser tomar posiciones

lo más cómodas posibles y entregarse en los brazos de Morfeo.

Al día siguiente, cuando su borrachera se hubiese transformado en un horrible dolor de cabeza, poco le importaría que su costilla pretendiera aumentárselo...

\*\*\*

Por la mañana del nuevo día, la alegre viudita se sentía más alegre que nunca.

Sus sueños habían sido de color de rosa. Y hay que confesar que Gerardo había tenido en ellos un importantísimo papel. Además, aquel día iba a desembarcar.

—*Paulette*... —dijo en cuanto la vió entrar—. Abre el ventanillo, ¿quieres? ¿Cómo está el día?

—Muy bello, *Madame*. ¿Le traigo el desayuno?

—Sí. Desayuno para mí y mi pe-

rrito, Gerardo es muy buen defensor.

—Al instante, *Madame*.

—¿Desayunará usted conmigo? preguntó alguien desde el ventanillo.

—¡Oh, señor Morgan!—exclamó ella con ligero sobresalto.

—¿Buena noche?

—Felicísima.

—¿Cerró usted anoche la puerta?—inquirió Gerardo, mirándola alegremente.

Tam reflejó una gran sorpresa,

pero antes de que tuviera tiempo de responder, por la puerta del abierto salón apareció tambaleante una figura que parecía esforzarse en mantenerse de pie y en tener los ojos abiertos.

—¿Dónde está mi desayuno?— preguntó con voz pastosa.

Y vuelto a la realidad de repente, se despatilló quedando con la boca abierta y completamente asombrado.

—¡Atíza!—logró balbucear al cabo.

Esta palabra quebró el asombro que había aprisionado a todos los presentes. Gerardo desde el ventanillo hizo un gesto que motivó que Victor procurara quitarse inmediatamente de su vista.

Luego el abogado barbotó una interjección y miró con desprecio a la alegre viudita, que aun no repuesta del todo de su sorpresa, balbució en completo desconcierto:

—¡Gerardo! ¿Qué tiene usted?

Pero Morgan ni la escuchaba. Estaba furioso. Y de pronto quedóse aterrado a la vista de Valli que se dirigía hacia él, preguntando:

—Aun no he visto a Victor, señor Morgan. ¿No sabría usted indicarme dónde se encuentra el perdido de mi esposo?

Mas el abogado ni llegó a responder. Valli parecía haberse quedado de una pieza. Era que acababa de ver aparecer el rostro del bailarín por el ventanillo del salón de la alegre viudita, hacia el que se dirigió tan pronto como su asombro le permitió andar.

—¿De manera que aquí pasaste la noche, grandísimo pillo?— increpó al marido. Y luego volviéndose al abogado—: ¿No basta esto para mi divorcio?

Gerardo dijo de primer momento que no. Luego quiso aducir razones, pero ni menos sabía lo que decía. El mismo no acababa de reponerse del atontamiento que le había ocasionado el descubrimiento. Y Valli le apremiaba. Decía que aquella ocasión era única para su objeto, que no podía dejarse escapar, que él debía buscar un fotografía, testigos...

Y en tanto, en el interior del departamento de la alegre viudita,

*LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA*

mientras ésta se paseaba perdida por completo la cabeza, Víctor, agazapado en un rincón para que no le viera el basilisco de su mu-

jer, le aconsejaba con la misma cantinela:

—¡Tam, no se case nunca!

¡Tam, no se case nunca!

## IV

En el magnífico palacio de los marqueses de Foussenouget, que Tam ocupaba, las fiestas que solían celebrarse reunían toda esa sociedad cosmopolita e indefinida que suele hallarse siempre en torno de los aristócratas semiarruinados y de las princesas del dólar.

Nuestra viuda era sinceramente feliz.

Se veía adulada y mimada por todo el mundo, y no se preocupaba de ahondar mucho en si todo ello era debido a su atractivo personal o al otro atractivo de sus áureos millones. ¡Qué le importa-

ba! Su objeto era divertirse y se divertía en grande.

Había ya hecho las paces con su severo abogado: el incidente del bailarín Víctor había pasado a la noche del olvido, y contaba con un nuevo adorador: el violinista ruso de Valli. Un hércules ruso que respondía al sonoro nombre de Ivan Barsikoff.

A la fiesta de aquella noche asistía, como de costumbre, Gerardo Morgan. La seriedad manifiesta del abogado no le permitía correr como corrían casi todos en pos de la viudita. Con ello ganaba dos

cosas: evitar el irritante papel que siempre le había molestado, y conseguir tener unos deliciosos momentos *tête-à-tête* con la turbadora viudita, favor éste que ningún otro hombre de los que se hallaban en la reunión podía vanagloriarse.

Precisamente, en aquel momento, Tam le descubrió en lugar solitario del salón y librándose de dos o tres adoradores corrió a su encuentro.

—¿Qué hace ahí tan apartado? le preguntó descansando su mano en el hombro de él.

—La admiraba desde lejos.

—Quisiera olvidar que es usted un abogado—dijo Tam sinceramente y sonriéndose.

—¡Algún día yo se lo haré olvidar!

—¿Me desafía?—dijo ella con coquetería y repitiendo, sin querer, unas palabras que él pronunciara en cierta ocasión y recordaba muy bien.

—Puesto que es mujer, averigüelo—le manifestó de inmediato Gerardo, aprovechando la conyuntura para devolverle la pelota que

ella le lanzara cierta noche memorable.

Y los dos, como dos chiquillos felices, echaronse a reír.

Una tosecita discreta les interrumpió en su coloquio.

Era Jean, el pulero mayordomo francés que la *marquess de Foussevouget* había puesto a disposición de la millonaria yanqui.

—Telefonean a *Madame...* desde Londres.

—¿Desde Londres?—manifestó Tam, francamente sorprendida—. No conozco a nadie allí.

Jean se encogió de hombros, como condoliéndose de no poder ayudar a recordar a la señora sus conocimientos de la capital inglesa.

De pronto, Tam dió un gran grito:

—¡Será el Príncipe de Gales!

Y se alejó presurosa como si realmente hubiese de serlo, mientras Gerardo se echaba a reír. ¡Siempre igual!

Desgraciadamente para Tam no era el futuro rey de Inglaterra quien la distraía de su fiesta. Se trataba, simplemente, de Víctor, que la hacía saber su sentimiento

por no poder asistir a la fiesta que daba ella, debido a que él se encontraba al otro lado del Canal.

Gerardo, en tanto, vivía todo al recuerdo de hacía un momento. Pensaba que su mayor felicidad sería poder continuar siempre aquellos deliciosos instantes de intimidad con que Tam le distinguía...

Pero para hacerle ver la imposibilidad de lo que pretendía, se le acercó en aquel instante el almirante ruso que acababa de llegar.

—¿Está inquieta *Madame* por mi tardanza?—le preguntó.

—No lo sé. No me lo ha dicho.

Barsikoff le miró un tanto sorprendido, y seguramente iba a continuar sus preguntas, cuando se acercó la marquesa de Foussenouge, quien, dirigiéndose al violinista, le manifestó:

—*Madame* Brooks va a cantar; usted la acompañará.

—¡Con verdadero placer!

Y en efecto, poco después, ante la concurrencia que se hallaba pendiente de los labios de la alegre viudita, ésta desgranó una deliciosa canción alusiva a la flor. Tam se deslizaba por entre los caballeros, fingiendo que a todos iba a colocarles la flor en el ojal, pero huía antes de hacerlo. Finalmente, ésta fué a parar a Gerardo, ante la envidia manifiesta del violinista ruso y de un nuevo adorador que le había salido a la viudita, el tenor mejicano, don José Alvarado.

Y el abogado fué una vez más feliz, pero con una felicidad que no acababa de llenarle, pues como la rosa, su felicidad tenía delicado aroma y agudas espinas que le hacían sufrir.

\* \* \*

Gerardo tuvo que trasladarse para el divorcio de su esposa. ¡Y a Londres. Precisaba de Víctor en verdad que no estaba muy tran-

quilo pensando en lo indefensa que se hallaba Tam de las asechanzas de los muchos que pretendían cazar su fortuna!

Pero la vindita seguía en su plan de diversiones. Y una de las mayores para ella era la de comprar, ¡comprar mucho!, tanto que era improbable pudiera usarlo en todos los días de su vida.

Otra de las diversiones que la complacían en extremo era su corte de adoradores. No la dejaban ni a sol ni a sombra, pero, sobre todo, el ruso y el mejicano eran los más fieles. Venían a hacerle una declaración en cada visita. Y Tam a todos dejaba contentos sin comprometerse con ninguno. Le gustaba jugar con ellos, ver sus demostraciones de amor fogoso y ella sentirse completamente apartada de las tormentas de amor que desencadenaba. Hacía de todos sus adoradores un juguete y se les burlaba constantemente. Sólo con Gerardo era un poco más seria, sin dejar no obstante del todo su coquetería. Ella se decía que esto era debido a la seriedad de su abogado, pero la verdad es que pensaba

más en Morgan que lo que ella misma se daba cuenta.

Por esto su felicidad fué grande cuando al tomar el teléfono, encontróse con que era el marido de Valli quien la solicitaba. No le era desconocido el motivo del viaje del abogado a Londres, y el hecho de que el bailarín estuviera ya en París, significaba también el regreso de Morgan.

—¡Oh, Victor!—dijo con inusitada alegría—. ¿Ya en París?

—Acabo de llegar con Gerardo.

—¿Y el viaje?

—Magnífico. Yo no me doy cuenta de si estoy en tierra o piso un barco. Para mí todo tiene el mismo vaivén.

—Usted no deja el *champagne*, ¿verdad?

—¡Imposible! Pero es él el que no me deja a mí.

—Sí, es verdad. Son ustedes muy amigos.

—Bien; dejemos esto, Tam. ¿Sabe? Me voy a Montecarlo.

—¿De veras? ¡Montecarlo! Me gustaría ir.

—¿Sí? Pues venga conmigo a Montecarlo.

—¡Oh, no! Usted es un poco peligroso.

—¿Cree? Estoy dispuesto a ir en una jaula.

—A pesar de eso no me fio.

—Como quiera. Si lo piensa mejor, telefónceme.

—Descuide. Pero por mí no retrase el viaje.

—Valdría la pena, sin embargo. Ahora estoy sin compromiso, ¿lo sabe?

—¿Ya? Sí, lo sabía. Gerardo me dijo que se divorciaban usted y Valli.

—Pues ya ocurrió. Bueno... Si se decide...

—Le telefonco. Quéda entendido. Adiós.

Jean, que acababa de entrar hacía un momento, comunicó:

—*Monsieur Alvarado, madame.*

—Hágale pasar al salón de música. Dígale que estoy con él al instante. Y si viene el señor Barsikoff, que espere.

—*Oui, madame.*

Apenas si había tenido tiempo de terminar su toaleta, cuando el mayordomo le informó que había llegado el violinista.

—Que pase al salón.

Y se apresuró a ir al encuentro de Alvarado que a voz en cuello entonaba una lánguida canción. No fuera caso que el terrible ruso le oyera y armara una escena.

Llegó a la sala de música, cuando Alvarado cantaba las últimas estrofas. Ella le animó con unos aplausos.

—¿Le gusta?—inquirió el gigante, dejando el piano y acudiendo a besar la mano de la viudita.

—Es muy sentida. ¿Y de qué trataba?

Alvarado adoptó una postura lánguida.

—Era mi canción de amor—dijo, poniendo los ojos en blanco.

Y luego en una actitud trágica:

—¡Venga conmigo a Méjico!

—¿Méjico?—repitió Tam—. Me gustaría. ¡Me llevaré el manto de Manila!

—Llévese lo que quiera, pero acompañeme...—suplicó Alvarado a punto de caer arrodillado a los pies de Tam.

—Bien, dejemos esto ahora, si

le place. ¿Comencemos la lección de canto?

—¡Ah, sí!—convino el tenor, que ante su arte se olvidaba de todo—. Pero debe usted fijarse en mis notas y no excederse, ¿comprende? ¡Vamos, pues!

Y mientras sus dedos ágiles recorrían la escala, la alegre viudita empezó su vocalización.

Desgraciadamente, los dos se habían olvidado—Tam por lo menos, que lo sabía—de la presencia de Ivan Barsikoff. Y hasta los oídos del émulo de Paganini llegaron los sonidos de la voz de Tam en su lección de canto, bajo la dirección de Alvarado.

Barsikoff, que afinaba el violín soñando en conquistar a su dama con una melodía de reciente creación y que tocaba maravillosamente, se puso en pie de un salto. ¡La ingrata! Le hacía esperar mientras se entregaba al capricho del presumido carretero con voz de tenor. ¡Tal ofensa!

Buscó en quien descargar la ira que experimentaba, y en tan celtico instante hizo su aparición Morgan, acompañado de Paulette, que

le hacía esperar que la viudita se dignase recibirle.

El abogado dió un paso atrás ante aquella figura alocada que se le venía encima.

—¡Aaaaah! ¡Usted! ¡Usted!—dijo el ruso abalanzándose al encuentro del recién llegado.

—¿Qué pasa?

—¡Usted!—repitió aún Barsikoff, tomándole de un brazo y arrastrándole en pos de sí, pese a la resistencia del otro.

Y parándose frente a la cerrada puerta del salón de música, donde Tam seguía con sus agudos, declaró conminatorio:

—¡Usted! ¡Usted, como abogado de *Madame*, debe arrojar de aquí a ese aventurero!

Gerardo no pudo menos de dejar escapar un suspiro de alivio. Al principio llegó a creer que se las había con un loco que estaba en pleno delirio, y en verdad que a pesar de lo hercúleo que era el ruso, no hubiese vacilado en largarle un bastonazo para volverle a la razón. Pero ante el hecho que le exponía, bastante menos peli-

En sus bulliciosos proyectos tenían su cabecita...



— ¡Cinco millones!



— Es usted muy amable...



— ¡Somos una gran familia!

— Tem... ya... la diris a usted...



— Cierre la puerta.



— ¡Listo no volveré!



— ¿Correré usted anche la puerta?

— De manera que aquí pasaste la noche, grandísimo jilgo?



— Le número de la leña.



Y el momento fué una vez más feliz...

No le deshera ni a sol ni a sombra.



— ¡Muy querido! ; Me gustaría ir!



— Estoy dispuesto a darle mi nombre.



— ¡Qué loco he sido!



— ¿Me quieres?

groso, el abogado se hallaba bien dispuesto a escuchar todas las sandeces que se le fueran ocurriendo, llevado por sus feroces celos.

Barsikoff, cada vez más nervioso, se puso a mirar a través del ojo de la cerradura. De pronto se enderezó y, llevándose las manos a la cabeza, increpó fieramente a su interlocutor, que volvió a experimentar dudas acerca de la firmeza de su razón:

—¿Dígame! ¿Por qué toca con una sola mano?

Gerardo no tuvo tiempo de responderle. Ya el violinista había pegado la nariz en la puerta y exclamaba de nuevo:

—¡Ahora toca sin manos! ¡Sin manos!

Por un instante, Morgan se inquietó. La cosa no era para menos. Pero como continuara percibiendo el piano, y sabía que ella no conocía la música, se tranquilizó y trató de calmar a su interlocutor.

Le arrancó a viva fuerza de la puerta que tanto empeño tenía en horadar con la nariz, y cuando

pudo conseguir que le escuchase, le participó:

—Venga a mi hotel. Le aguarda una sorpresa.

—¿Una sorpresa? Bueno, ya vendré... más tarde.

Y volvió a pegarse a la puerta de marraa.

Morgan se entogió de hombros. No comprendía a aquellos hombres tan arrebatados. Tomó tranquilamente la chistera, el bastón y los guantes y abrió la puerta.

—Hasta luego, entonces.

No recibió respuesta... pero el piano se seguía oyendo y la voz de Tam también.

Ya en el vestibulo, encontró a Paulette y le rogó:

—Diga a *Madame* que me telefonee al Ritz... cuando esté libre.

—Descuide, *monsieur*.

.....

Apenas hubo salido Gerardo del otro salón, el piano dejó de tocar. El tenor mejicano había olvidado al fin su arte, para sólo pensar en la mujer.

Había conseguido casi abrazar-

la—pese a la resistencia de la viudita—y con palabras cálidas pretendía pintarle toda la fuerza de su amor, cuando la tapa del piano cayó cerrándolo con gran estrépito y separándoles por efecto de la sorpresa. Apenas si Alvarado se había repuesto del inesperado interruptor, cuando llegó a sus oídos la dulce música de un violín.

Se volvió hecho un fiero, ante el rival presentado. Y a su rugido, sonó otro: el de Barsikoff. En el colmo de la ira, el ruso levantó el instrumento por encima de su cabeza con el manifiesto intento de destruirlo sobre el cráneo del rival, pero recapacitó que se trataba de un violín que había adquirido hacía tres meses...

Abandonó como un ciclón la estancia, seguido de Tam, que trataba de calmarle y de hacerle creer que no había visto lo que viera.

El se detuvo en la puerta del salón de música. Tomó a la coqueta de un brazo y la arrastró unos pasos.

—¡Creí que se trataba de un portazo y que el mejicano se había ido!—le dijo, explicando su

actitud y como si mascara las palabras.

—Bueno, pero no se lo tome así...—rogó la viudita, consolida por la pérdida de uno de sus juguetes.

—¡Pues júreme que me acompañará a Rusia!

¡Rusia!, pensó Tam. No estaba mal, iba a resultar muy *chic*. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Barsikoff lanzó una exclamación de triunfo. La miró con ojos feroces, le oprimió más el brazo, se aproximó a ella y declaró terminantemente:

—¡Dentro de una hora vendré a buscarlo!

Y acto seguido la apartó con brusquedad, marchándose precipitadamente.

La viudita quedó estupefacta. Quiso protestar y no tuvo tiempo. Se había ya marchado. Pero ¿cómo iba ella a irse a Rusia dentro de una hora? ¡Si no tenía tiempo de preparar el equipaje!...

El hilo de sus pensamientos quedó cortado bruscamente al ser zarrandeada brutalmente. Era Alva-

rado quien así la sacudía, sin muchos miramientos. Oprimíale el mismo brazo ya magullado por el otro, mientras su diestra quedaba sepultada en su reluciente levita.

—¡Huye conmigo... o mueres!  
—le dijo con voz tremebunda, de espantacrios.

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Sí!...—convino Tam, asustada.

¿Quién no lo hubiese estado ante el tono, el gesto, y la mano perdida en una misteriosa levita? Nuestra viudita odiaba los crímenes pasionales y no le gustaba aparecer en los diarios en plan de es-

cándalo. ¡Oh, no! Y aun repitió las afirmaciones. ¡Ya lo creo! No a Méjico, sino al Polo Norte iría si él se lo pedía.

Alvarado sonrió mefistofélicamente. Ya satisfecho soltó a la asustada mujercita. Y sin más palabras se alejó de ella.

Pero apenas había dado unos pasos, se volvió y rugió tremebundo:

—¡Volveré a buscarte!

Cuando cinco minutos más tarde Paulette encontró a su señora, ésta se hallaba cavilando en la conveniencia de partir para España dentro de diez minutos.

\* \* \*

En sus habitaciones del Ritz, un plico a la encantadora rubia Gerardo Morgan, sentado ante la mesa escritorio, entregó sonriente que le contemplaba, al tiempo que decía:

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Ya es usted libre, Valli! Ahora, cátese con el ruso, como convinimos.

—Y usted ¿va a casarse con la viuda millonaria?

—No sé...

—¿Y por qué no? Un ciego veía que está loquita por usted. Además, esa señora lo que necesita es quien la gobierne bien.

—Sí, pero le queda aún ese canario mejicano...

—No se preocupe. Usted vale mucho más que...

Alguien llamó a la puerta, y tras el previo permiso del abogado entró en la estancia.

Era Ivan Barsikoff.

Tan pronto le vió, Valli corrió a su encuentro. El quedó como si de pronto hubiese topado con un sastre al que debiera una barbaridad de trajes.

—¡Mi Ivan!—murmuró la rubia, refugiándose en sus brazos—. ¡Ya soy libre!

—¡Mi sombrero!—chilló el ruso, librándolo como pudo del achuchón.

—¡Ya podemos casarnos! ¿Estás contento?

Y fué entonces cuando advirtió Valli que su adorado tormento mostraba el rostro de quien está tomando un purgante.

—¿Qué te sucede?—inquirió algo inquieta.

—¡Que es imposible!... ¡Nuestro viaje no puede realizarse!

—¿Eh?—saltó Gerardo abandonando su mentida indiferencia.

—¿Te has vuelto loco?—exclamó a su vez Valli, con asombro.

Ivan Barsikoff sacudió despectivamente la cabeza. Tal suposición no le ofendía. Los genios muchas veces han sido considerados como orates, pero luego han asombrado al mundo con el fruto de sus genios. Barsikoff no estaba muy seguro de asombrar al mundo por su genio musical, pero lo que es por el calculador... ¡no tenía la menor duda! ¡Ahí es nada pescar una viuda con cinco millones de dólares, de DÓLARES!

—¡Un artista debe viajar solo!—dijo con arrogancia, mirando al techo como si allí brillasen los saquitos de los millones.

Y aprovechándose del estupor de sus interlocutores, ganó la puer-

ta y ya en el umbral hizo saber con el más olímpico de sus ademanes:

—¡Me marcho esta noche!

Al cerrarse la puerta tras el frígido ruso, Valli y el abogado se miraron, aun no completamente repuestos de su profundo asombro.

Fué ella quien plasmó en graves palabras—téngase en cuenta que era una tragedia; Valli se quedaba divorciada y sin novio—, el pensamiento que reinaba en la mente de ambos:

—¡La viudita lo raptó!

Estas cuatro palabras hicieron brincar al abogado. ¡No podía ser! Pasaba por que la coquetuela de Tam hiciera trizas los corazones del par de artistas que la asediaban; incluso si quería podía hacer de tales vísceras un felpudo; pero que raptara a uno de ellos para marcharse con él... ¡ya pa-

saba de castaño obscuro! La comedia se estaba convirtiendo en vodevil ultramoderno y no le resultaba muy divertido.

Lanzó un bufido que nada tenía que envidiar al de un tigre—¡temblad, mujeres, ante el despertar del querer de un hombre flemático!—, se encasquetó su sombrero de copa—ocho reflejos—y dijo con voz tonante:

—¡Volveré a usted...! ¡Se lo prometo!

Y antes de que Valli pudiera darse cuenta de ello, no tenía a nadie en quien descargar la furia que la dominaba.

En tan crítico instante y cuando Valli pensaba que si hubiera habido alguien hubiese resultado oportunísimo un ataque de nervios, seguido del más oportuno desmayo, el timbre del teléfono tuvo la ocurrencia de ponerse en movimiento...

V

Tam era la que llamaba por teléfono al departamento de Gerardo.

Hacia dos minutos apenas que Paulette le había comunicado el recado de Gerardo de que le llamara al Ritz.

—Pero ¿por qué no me has dicho que el señor Morgan estuvo aquí?—increpó a la doncella.

—*Madame* estaba dando su lección de canto...

—¿Qué importa nada ante el señor Morgan?

Tomó el teléfono febrilmente y, apenas había conseguido obte-

ner la comunicación, entró Jean para comunicarle la llegada de Alvarado.

—Que espere en la sala de música—dijo Tam con impaciencia.

Ya esos artistas comenzaban a hacerse pesados, pensaba la joven. Pasaban la vida en su casa.

—Oiga—dijo al teléfono—, ¿está ahí el señor Morgan?

—Gerardo acaba de salir—le respondió una voz de mujer.

—¿Sí? ¡Qué lástima!... Dígale que le llamó la viuda Brooks.

—¿La viuda Brooks?—chilló alguien al otro extremo del hilo.

—Sí...—afirmó Tam, un tanto sorprendida.

—¿Es ella quien está en el aparato?

—Sí, yo soy.

—Conque es usted ¿eh?—dijo Valli, con fiereza—. Pues ¡oiga, señora! ¡A mi novio lo deja usted en paz!...

—¿Su novio? ¿En paz?—repitió la viudita enamorada y condo-lida.

—¡O le largo ua directo a la madíbula! ¿Se entera?

—¡¡Su novio!!—exclamó furiosa Tam, creyendo que se refería a Gerardo.

Y con la oportunidad de siempre, Jean anunció:

—*Monsieur* Morgan.

—¡Ah!—exclamó en tono salvaje la viudita y dirigiéndose a la rival—. ¡Aquí está su novio!

Y colgó con furia el auricular.

Gerardo entró también con cara de muy pocos amigos. Parecía estar en su casa, porque sin encomendarse a Dios ni al diablo tiró su "ocho reflejos" en el primer diván que encontró. Luego dirigió una mirada en torno y exclamó:

—¿Se marcha usted?

—Sí—replicó la viuda.

—¿Y adónde va?

—¿Adónde iba? Ahora sí que ya no lo sabía. Porque en su plan de España estaba incluido Gerardo.

—Voy... a Méjico y Rusia—dijo con repentina inspiración—. Seis meses en cada sitio.

Morgan agitó furioso el dedo ante la nariz de Tam.

—¡Piénselo bien antes!—barbotó.

Tam, por toda respuesta, gritó:

—¡Paulette! ¡Mi equipaje!

Y con todo furor fué a sentarse en el primer diván. Le pareció que había cogido algo debajo, pero no quiso detenerse a mirarlo.

—¡Sacrificaré usted la felicidad a la aventura!

Ella dió un salto sobre el diván, quedando de rodillas en él.

—¿Conque yo obro mal y usted no?—respondió agresiva.

—¡Yo no obro mal! ¡Los hombres...!

—¡Los hombres!

Tam saltó del diván, dió un patadito, una carcajada y una patadita a Gerardo, que se hallaba en

un rincón y fué mandado a otro; y arguyó:

—¡Se casan ustedes y al mes de casados ya sueñan con las rubias!

—¡No sabe lo que se dice!

—¿Me llama loca?

—¿Y qué otra cosa puedo llamarle?

¿Qué puede hacer una mujer millonaria a un hombre que es guapo y la llama loca?

Otra patadita al pobre Gerardo. Cambio de rincón.

—¡No trate usted así a los pobres animales!—advirtió Morgan, condolido del volteo que recibía el faldero—. ¡El no tiene la culpa!

—¡Hago lo que me da la gana!—advirtió la viudita, haciendo servir nuevamente de pelota de fútbol al sufrido chucho.

—Ya lo veo. Hasta con el amor.

—¿El amor?—dijo ella. ¿Acaso lo conozco yo? Usted, sí, pero yo no.

—Porque no quiere.

—Porque soy dueña de mi corazón.

—¿Su corazón? ¿Acaso lo tiene?

—¿Eh?

Ahora Tam se las había con su juego de tocador. Ya era la segunda pieza la que quedaba hecha trizas.

—La verdad es que no sabe usted lo que se hace—dijo Morgan en tono autoritario—. Yo soy su abogado y...

—¡Ya no lo es!—le chilló ella. ¡Le despido!

Gerardo la miró asombrado.

Ella le miró suspensa. Pero aun dió un golpe con el pie, para hacer valer su autoridad.

El abogado tomó del diván lo que fuera un "ocho reflejos" flamante al entrar allí y que ahora el peso de una viuda furiosa había converido en un acordeón.

Morgan se dirigió a la puerta.

Y Tam—que estaba furiosa consigo misma—le declaró, para que se le quedase grabado en la mente:

—Lo quiera usted o no, ¡conoceré el amor!

Y el abogado encasquetándose su sombrero-acordeón, rebatió:

—¡No conocerá usted nada!

Y antes que ella tuviera tiempo

de responderle salió dando un portazo.

Apenas había dado dos pasos, Gerardo se detuvo, presa de una terrible determinación:

—¡Primero... mataré a Barsikoff!

Pero la terrible amenaza dejó completamente estática a la figura de bronce a quien parecía haberse dirigido y que no se alteró tam-

co cuando le vió desaparecer presa de tan terribles designios.

Y asimismo el ruso, que, juntamente con Jean, había sido oyente forzoso de la borrascosa entrevista, desde un ángulo de la escalera, no pareció haber experimentado una muy honda impresión.

Alegremente rogó a Jean que anunciara a su señora que allí estaba dispuesto a conducirla a Rusia.

\* \* \*

Desgraciadamente para Ivan Barsikoff, Tam estaba sumamente preocupada por Gerardo, por quien sentía mucho más de lo que había podido darse cuenta.

En efecto, en cuanto desapareció su feroz "enemigo", no pudo

contener algunas lagrimitas—pese al rimmel y no obstante su terrible afirmación de: "¡Yo no tengo quien me mande!"—, y mientras un cojín volaba por los aires, exclamó:

—¡Va a reunirse con Valli!

Pero casi en el mismo instante, una idea feliz iluminó su rostro.

—¡Valli! ¡Qué idea! ¡Victor! Ponme en comunicación con Victor, Paulette...

La criada francesa se apresuró a cumplimentar el mandato.

—¡Huiré con él!—soliloqueaba Tam—. ¿Aun no está? ¡Ojo por ojo; diente por diente!

—*Madame...*

Tam arrebató el aparato de manos de su doncella.

—¡Espéreme, Victor! ¡Me voy con usted a Montecarlo!

—Encantado, mi alegre viudita. Ya sabe usted que...

Pero la alegre viudita cortó la comunicación. Le caía cada lagrímón, que parecía tener empeño en inundar el piso.

Todo eran prisas, chillidos, carreras... Y en medio de ello, el gemir constante de Tam que profecía mil amenazas...

Y fué entonces cuando la voz de Alvarado se dejó oír. Era su voz tonante de siempre, entonando la canción de amor.

El tenor cantaba alegremente; la viudita lloraba con amargura...

Y cuando ella, más o menos vestida, salía de su habitación, algo la rozó con la velocidad de un ciclón. Era Ivan, el ruso...

El canto del mejicano quedó truncado de golpe... y porrazo. No parecía sino que Barsikoff le había soltado encima el piano entero. Hubo un juramento en español. Otro trancazo. Un voto del ruso. Y un jarrón que fué a estrellarse contra el muro.

Lo terrible del combate dejó en suspenso por unos momentos a Tam, Paulette y Jean.

Verdaderamente parecía que la casa se venía abajo. El ruso y el mejicano se estaban sacudiendo el polvo sin cumplidos. Incluso, a veces, algún proyectil que acudía silbando, evidenciaba que no se andaban con reverencias...

Pero Tam recordó pronto sus quebraderos de cabeza... A Victor, a Montecarlo. Y al tiempo que se marchaba, dió la última recomendación a Paulette:

—¡Sirveles tita!

VI

Victor recibió con todos los honores a su compañera de andanzas.

Una gran bandeja llena de copas aguardaba a la visitante. Esta era la fórmula de cortesía del bailarín.

Tan pronto llegó ella, y antes de que tuviera tiempo de pronunciar palabra, el alegre Victor informó a Tam:

—Gerardo me ha librado de Valli... ¡Celebrémoslo!

¡Ay! Demasiado lo sabía ya la infortunada coquetuela. Ello le

hizo renacer de nuevo el hipo. Pero su orgullo de mujer hubo de prevalecer:

—¡Bien dicho! ¡Celebrémoslo!

Y los dos se echaron una copa.

—Bravo...—convino Victor al verla tan decidida, y tomando otra, después que ella hubo aceptado la suya—. ¡Behamos por la libertad!

—Bueno — repuso Tam, ingiriendo la segunda copa—. Vámonos...

Pero se detuvo avergonzada, al darse cuenta de que con las prisas

de antes, ahora comenzaba a perder prendas interiores... ¡y qué prendas!

—¿Puedo vestirme aquí?—dijo tratando de sustraer el desastre a los ojos del "mareado" compañero.

—Sí, sí... Arriba...

Ella ascendió en seguida por la escalera, pero Víctor la detuvo en el primer tramo, ofreciéndola otra copa de *champagne*.

—¡Nos divertiremos!—la dijo al tiempo que los dos dejaban vacía la copa—. Primero, a Montecarlo...—y en cada punto ganaba ella un tramo y se vaciaban dos copas— después a Budapest... después a Rusia...

—¡No! ¡Nada de Rusia!—gritó ella, con patética expresión de pánico, al recordar la batalla campal que Ivan Barsikoff había armado en su casa.

—¡Pues nada de Rusia!—admitió Víctor bebiendo las dos copas, pues Tam ya había ascendido toda la escalera.

Y como aun quedaban media docena más y el bailarín era incapaz de permitir que el *champagne* per-

diera su fuerza por el acto de permanecer mucho rato en las copas, una tras otra fué bebiendo su contenido, si bien consideraba que una de ellas la ingería por derecho propio y la otra en representación de la ausente viudita.

Consumida toda la bandeja, Víctor opinó que el agradable sabor que le había dejado la docena y media de copas de *champagne* le estaba pidiendo otra cantidad igual, y como los gustos de los demás los consideraba el hombre como supeditados al suyo propio, dió ya por descontado que Tam también se hallaba deseosa de abogar sus penas—y Víctor no se hallaba tan borracho que no comprendiese que la súbita determinación de la viudita en acompañarle se debía a una diferencia que tenía con Gerardo—, y le preparó otra serie de copas.

Apenas había terminado Tam de arreglar convenientemente su tocado, y echándose encima un maravilloso kimono, cuando con gran sorpresa vió que se abría la puerta de la habitación que Víctor le había indicado ocupase, y que por allí

aparecía su anfitrión cargado de una monumental bandeja llena de copas.

Tam, aun cuando un poco alegre por el líquido ingerido, llegó a tener conciencia de que su huésped se había olvidado de pedirle permiso para entrar, pero antes de que tuviera tiempo de formular la más pequeña reclamación, ya estaba él tendiéndole una copa de vino, mientras lograba decirle, pese al empeño de trabarse que tenía su lengua:

—Bebba uuusted essto... y se le quittarán tto-ttodas ...las preocupaciones.

Y Tam obedeció, porque de pronto había recordado la terrible infidelidad de su infame abogado.

—Muyyy bieeen—aplaudió el bailarín, al ver que le devolvía la copa vacía—. Muyyy bieee... No hay como el *champagne* para ahogar las preocupaciones. ¡Ahí va otra!

—¡Viva la libertad! — chilló Tam, después de beber y mientras lloraba a lágrima viva.

—¡Así, así! ¿Otra?

—¿Por qué no? Pero la última ¿eh?

—Como quiera. Yooo be-beberé por usted... ¡Una, dos, tres!

—¡Victor, no se mueva más!—pidió de pronto Tam, que se esforzaba por mantenerse erguida.

—¿Yo? ¡Ah! Tam, teenga uuusted... sencridad... digo, serenidad... Bueno, ya no sé lo que me digo.

—¡Vamos a Montecarlo!—pidió de pronto la viudita.

El bailarín ingería entonces su novena copa. No iba a distraerse de tan importante ocupación. Y por eso, sin preocuparse de la Sociedad de las Naciones, manifestó:

—Lo han quitado del mapa...

—¡Ooooh! ¿De veras?

—Síiii—aseguró Victor, al tiempo que su sílaba terminaba en un agudo.

—¡Qué lástima! ¿Y si tocásemos el ukelele?

—¿El ukelele? Bueno... Pero no sé... Cuidado, Tam...

Apenas si tuvo tiempo de tomarla en sus brazos. La estrechó con cariño y dijo convencido:

—¡Así, Tam, en mis brazos!

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡Iremos a Montecarlo... al fin del mundo!

Victor estaba convencido en aquellos momentos de que don Juan a su lado era un niño de pecho. Lo malo del caso es que pronto advirtió que sólo era él quien abrazaba. Tam se dejaba abrazar. Y pese a todos sus esfuerzos por conseguirlo, el brazo de ella pendía casi en seguida inerte.

Por fin, entre las nebulosidades del alcohol, entró la luz en el cerebro del bailarín.

—¡Todas se desmayan!—se lamentó.

Y bien que mal, sacando fuerzas de flaqueza, consiguió cargarse con la inconsciente viudita y depositarla en un amplio lecho que cerca había.

—Creo que no estará de más que la cubra—monologó Victor, al tiempo que le echaba encima su americana y luego el cobertor de la cama—. ¿Y qué le daré para que vuelva en sí?

Naturalmente, su primera idea fué el *champagne*, pero aun hubo un poco de luz en su razón para

atinar que eso sería empeorar el mal. Una reminiscencia le dictó el tomarle el pulso, pero tuvo que renunciar a ello, pues su cabeza era un tío-vivo.

Mascullando algo que ni él mismo entendía, Victor dejó la estancia y cerró tras sí la puerta. De pronto una idea luminosa zigzagó en su cerebro.

—¡Llamaré a un médico!

Pero casi al instante, cuando se dirigía al teléfono, el desaliento llenó su alma:

—¡Si no conozco a ninguno!

Dió dos pasos hacia la puerta del departamento que ocupaba Tam, y se dijo profundamente convencido:

—Hay que hacer algo...

Y después de una pausa, en la mayor de la incógnita:

—Pero, ¿qué hay que hacer?

Y en busca de la inspiración tomó un trago de whisky de la cercana mesa, pero como tampoco se le ocurría nada, creyó que lo más conveniente era ir a preguntar a la paciente qué era lo que deseaba y cuánto tiempo iba a durar aquella larga inconsciencia.

\*\*\*

Cuando Alberto, el criado de Víctor, subió al siguiente día al piso superior, preciso es confesar que quedóse profundamente asombrado al encontrarse a su señor que se hallaba roncando como un órgano tendido en el diván del pasillo.

Le conocía de muchos años y sabía que no era éste su proceder cuando le visitaba una señora y ésta se quedaba toda la noche con él. Por esto, por si acaso se había puesto malo, se permitió despertarle, a pesar de que sólo eran las once de la mañana.

—Señor... señor...

—¿Qué pasa?—gruñó el dormido bailarín—. ¿Hay fuego?

—El señor me dispensará, pero...

—¡No me cuentes nada! ¡Tengo la cabeza como un horno!—le interrumpió Víctor sentándose en el diván y llevándose las manos a la "melonera".

Y de pronto fijándose en la bandeja que llevaba el criado, le preguntó, con un ademán, qué era. Había allí leche, te, pastas... ¿Se habría vuelto loco su criado, al cabo de los años?

—Lo traigo para la señora—explicó Alberto.

¿La señora? ¡Ah, sí, Tam! ¡Tam! ¡Menudo conflicto!

—¿Qué hago yo ahora con esa vinda?—se preguntó, mientras se

oprimía la cabeza—. Mira a ver qué hace, Alberto.

El fámulo se inclinó y pretendió hacer girar el picaporte. La puerta estaba cerrada por dentro. No le extrañó, porque la cerradura era de golpe y por eso abrió con su llavín.

—Duerme, señor—informó al cabo de algunos segundos.

Victor hizo un gesto vago. Le dolía la cabeza.

—Tráeme algo que pueda beberse—pidió—. Tengo la garganta seca.

¿Que Tam dormía? ¿Y qué? ¡Como si le daba la gana de morirse! Esto, sin embargo, le asustó. ¡Cuántos dolores de cabeza le produciría el hecho! ¡Y él odiaba los dolores de cabeza! Y ahora más.

Alberto no venía y su sequedad de garganta aumentaba. En la bandeja que acababa de dejar el criado en la mesita, se veía un vaso y parecía contener un licor.

Sólo bebió un sorbo, y a los dos segundos salía disparado de su boca.

—¡Puah! ¡Es agua! ¡Estoy perdido! Pero no, ante todo: serenidad...

Dió un grito. ¡Al fin había encontrado la palabra que tanto buscara la noche anterior! Se precipitó hacia la puerta de la habitación de la viudita, exclamando:

—¡Tam, ya encontré la palabra! ¡Serenidad! ¡Nada, no sale!

Lo que no salió fué la viudita. Al contrario; la puerta le dió en las narices y aun le pareció oír que la atrancaban arrastrando una silla.

¿Qué significaba aquello? Incluso le pareció oír sollozos... ¡No lo entendía! Pero le dolía tanto la cabeza...

Y la llegada de Alberto con el servicio de licores le alejó momentáneamente de todas sus preocupaciones. Por fin iba a poder calmar la sequedad de su garganta...

\* \* \*

Diez minutos antes, en el lecho donde Víctor la depositara, Tam dió las primeras señales de vida.

Primero agitó una pierna; le parecía que era de plomo... Pero los trabajos fueron cuando pretendió levantarse. Le dolía terriblemente todo el cuerpo. La cabeza le daba vueltas y le parecía que la garganta le ardía. ¿Qué había pasado?

Consiguió al fin sentarse y entonces sus ojos, al principio errabundos, fueron a posarse en un detalle que le era completamente desconocido. ¿Por qué la miraba tan ferozmente aquella cabeza estrafalaria? ¿No la conocía! ¿Dónde estaba? Desde luego, no en su propia habitación...

Pretendió levantarse, para reco-

nocer el lugar, y al pretender deshacerse de la ropa que la cubría, sus manos toparon... ¡con una americana de hombre!

Un gemido se escapó de su garganta. Aun nadaba entre nebulosidades, pero algo le daba a entender que seguramente había ocurrido algo irreparable... ¡Una americana de hombre! Ella no usaba esta prenda. ¿De quién sería?

Consiguió descender del lecho y entonces dióse cuenta de que en su cabello había un adorno más. Le costaba hacerse con él, estaba muy enredado... Pero al fin vió que se trataba de un cronómetro de caballero, con su cadena... ¡con sus llaves!

Pero, ¿qué le había ocurrido?

Se puso en pie tambaleante y dió algunos pasos, pretendiendo soltar el reloj de sus cabellos, mientras su mente se esforzaba por recordar.

Y de pronto, se hizo la luz...

—¡Victor!

La exclamación del nombre le hizo aparecer su situación. Estaba en casa de él; había ido allí la noche anterior... El *champagne*, su desvanecimiento... ¡Oh, el canalla!

Oyó de pronto que hablaba él, desde muy cerca. ¡Que la llamaba Tam! ¡Qué libertades se tomaba el infame! Vió que se abría la puerta. ¡Hasta ese extremo llega?

Y como una loca corrió hacia la puerta, cerró con el pestillo y aun la atrancó con un pesado sillón.

Luego se echó a llorar...

¡Qué locura la suya! ¡Qué locura!

¿Y qué diría Gerardo?

¡Gerardo! ¡Estaba perdido para ella! Y ahora comprendía que le amaba, por encima de todo, de sus locuras, de sus excentricidades. Estaba locamente enamorada. Pero se daba cuenta tarde; se había

dejado llevar por una hora de irreflexión, de necia terquedad y ahora iba a pagar las consecuencias.

Se vestía presurosa, sin dejar de sollozar, de maldecirse... ¡Miren que tener que ser la esposa de aquel borrachín de Victor! ¡Ella que despreciara tan buenas proporciones!...

Por fin abrió la puerta, luego de separar el pesado sillón.

Ante sus ojos apareció Victor armado, como siempre, de una copa. ¡Y ofreciéndole otra! ¿Pero es que acaso aquel hombre no tenía sentimientos? ¿No se daba cuenta de lo ocurrido?

Apartó con brusquedad el brazo de Victor, haciendo que se vertiera el contenido de la tallada copa, y mirándole con severidad y sin dejar de secarse la nariz, declaró con solemnidad:

—¡Victor! ¡En casos como éste, un caballero sabe cuál es su deber!

Menos mal, le había ablandado. Le vió volverse grave, hacer pucheros... Luego, ella iba a tener marido; uno de sus temores desaparecía.

—¡Mi honor está en sus manos!

Victor lloraba. Nada hay tan sensible como un hombre eternamente bebido, Asintió con grandes afirmaciones de cabeza.

—¿Está dispuesto a casarse conmigo?

Por un instante, Tam tembló. Le vió vacilar y comprendió el motivo: sólo hacía veinticuatro horas que estaba divorciado. Resultaba muy precipitado para un hombre enamorado de su libertad, encontrarse atado de nuevo. Pero las lágrimas de ella le vencieron.

Hubo más pucheros. Y Victor pronunció:

—Estoy dispuesto a darle mi nombre.

Y como en aquel momento entrara Alberto, que recogía el servicio, Tam, que deseaba tener un testigo del sacrificio que se veía obligada a hacer casándose con Victor, le comunicó hipando:

—Alberto: dentro de una hora se señor será mi esposo.

El criado se quedó mudo de sorpresa. ¿Qué habría visto la viudita para casarse con el esperpento de su amo? ¡Y teniendo tantos pretendientes como tenía ella!

Tam, al tiempo que se marchaba, aun hubo de manifestar a Victor, grandemente reconocida:

—A pesar de todo, es usted un caballero.

VII

Cuando Tam llegó al palacio de Fousseuget, había ya dado fin a la provisión de pañolitos que llevaba en el bolso.

La verdad era que la alegre viudita estaba desesperada. Durante todo el trayecto se había ido dando cuenta de cuánto quería a Gerardo y de lo mucho que iba a echarlo de menos durante todo el resto de su vida.

Sin hacer caso de las manifestaciones de Jean, que pretendía contarle el final del combate que se había librado el día anterior entre el tenor mejicano y el violinista

ruso, la joven se dirigió hacia sus habitaciones, donde le salió al paso Paulette, saludándola tan cariñosamente como siempre.

—Paulette—dijo cortándola en sus amables palabras—, prepara un maletín para mi viaje de bodas.

—¡Oh, *madame!*...

Iba a añadir algo más, pero al ver que Tam iba llorando, desistió de ello. ¿Lloraba Tam de emoción? Porque Paulette no sabía que el casarse significase desesperación para nadie. Además, su ama, rica y bella como era, no tenía por que casarse a disgusto.

Entretanto, Tam se había sentado ante la mesita de su escritorio. En ella encontró, burlón como siempre, a Gerardin, que sin duda había sido puesto allí por la mano cuidadosa de Paulette.

¡Gerardin! ¡Nunca se separaría de él! ¡Sería lo que más querría del hombre que se veía obligada a perder!

Con mano trémula, entre hipos y secándose a cada momento los ojos, comenzó la redacción de la carta de despedida:

*Querido Gerardo:*

*Voy a casarme con Victor dentro de una hora. No quiera usted saber la razón que me impele a hacer esta boda, aunque sí deseo manifestarle que es una causa de fuerza mayor.*

En aquel momento se le acercó Paulette:

—*Madame, monsieur Barsikoff* ruega que se ponga al teléfono.

Tam estuvo a punto de enviarle al cuerno, pero pensó que era la última vez que iba a ser molestada

por sus adoradores y bien les debía la postrera satisfacción.

—Dígame, Ivan...

—Le ruego que me excuse, *madame* Brooks, si no vengo personalmente, pero dos razones de fuerza mayor me lo impiden. La primera es que estoy impresentable, pues, casualmente, su mastodonte italiano me alcanzó un ojo... ¡Pero no crea usted que él se fué de rositas! ¡Si llega a verle se enterará de la fuerza de mis puños!

—¡Cuánto lamento que...!

—También lo lamento yo, créalo, *madame*. Salgo hoy para Rusia... con Valli. Esta es la segunda razón. ¡Nos amamos!

Tam no quiso oír más. Colgó el auricular y un largo sollozo la conmovió.

—¡Qué loca he sido!—se reconvinó a sí misma.

Y volvió a sentarse en el escritorio para continuar:

*Descubro, demasiado tarde, que Valli y usted no eran novios. Ivan Barsikoff se la lleva a Rusia y me acaba de decir que se aman.*

Otra vez sonó el teléfono. Tam miró como Paulette tomaba el auricular. Tenía la remota esperanza de que la llamara Gerardo.

—*Monsieur* Alvarado dice que le excuse. Está en el hospital con muchos huesos rotos y no puede acompañar a *Madame*.

El desencanto de Tam fué grande. ¿Qué le importaba a ella que el canario mejicano estuviera en el hospital?

—Dile que... que... ¡Que se alivie!

Y scabó su dolorosa misiva:

*Mi comportamiento de ayer se debió a este equívoco. Perdóneme. He sido muy loca, pero en el pecado llevo la penitencia.*

*Su desgraciada,*

Tam.

Hizo el sobre y cerró la carta. Luego tomando a Gerardo lo entregó a Paulette con el encargo de enviárselo junto con el equipaje, donde se le dijera. Y con un sollozo más fuerte, rogó:

—Haz llevar esta carta al señor Morgan.

La francesa la miró con estupor. Creía que era con Gerardo con quien se casaba...

—Pero, *Madame* — advirtió, cuando la sorpresa la dejó hablar—, *Monsieur* Morgan se va en el avión gigante Dornier...

¿De manera que estaba tan disgustado que se marchaba sin ella? ¡El malo!

—¡No puedo irme con él!— manifestó—. Tengo que casarme.

—¡Oh, *mon Dieu!* Pero *Madame* ha dicho siempre...

—Sí, ya lo sé. Dije que no me casaría. Pero la mujer propone...

—¿Y no es con *monsieur* Morgan?

—No, con Victor.

—¡Oh, no! ¡*Madame* será muy desgraciada!

—Cometí una ligereza, Paulette. Debo purgarla...

—¡Oh, *Madame, Madame!*

¡Sólo le faltaba esto a la lloriqueante Tam! ¡Que Paulette la compadeciese! ¡Cómo si ella no se tuviera lástima!

\* \* \*

No podía decirse que Victor fuese muy satisfecho al lado de su futura mujer. Andaba el hombre más grave que cuando se hallaba en el caso de tener que abstenerse de ingerir la más ligera cantidad de licor.

Tam, aun cuando no se casaba muy a gusto, no encontraba muy de su agrado aquella seriedad en el novio.

—Oiga, Victor—hubo de decirle al fin—. No vamos a un entierro; vamos a casarnos.

—Perdóneme, Tam—dijo Victor, al tiempo que daba un salto para esquivar un auto suicida, al cruzar una calle—. Pero eso de la boda siempre me pone grave. Es muy serio.

—Debe usted tener experiencia.

—¡Claro! Pero me parece inconcebible que sea usted la madre de mis hijos. No creía yo valer tanto.

—Ni crea tampoco que lo vale.

—Ya, ya. No soy presuntuoso.

—Pero esta noche...

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—No me hable de esta noche...

—¡Maldita sea!

—Es verdad. Podíamos haberla pasado más divertidos.

—¿Le parece poca diversión?

—¡Ninguna—aseguró convencido Víctor.

—¡Oh!...—exclamó sofocada Tam.

—Juzgue usted misma. Cuando usted se desmayó, la cubrí con mi americana y salí de la habitación...

—¡Qué dice!—gritó estentóreamente Tam, haciendo volverse a los transeúntes.

—Lo que he dicho.

—¿De veras?—exclamó la viudita, jubilosos los ojos, y colgándose del brazo del bailarín.

—Yo no miento nunca. Pero volví después...

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi desgracia es cierta!—volvió a lloriquear Tam.

—No tema... La puerta estaba cerrada. Y yo me había olvidado las llaves dentro, con mi reloj.

—¿Y...?—inquirió anhelante ella, no acabando de creer en su dicha.

—¡No la toqué ni un pelo de la

ropa! ¡Puede tener la certeza de ello!

Tam se soltó de su brazo, repentinamente. Pasaba un taxi, que ella tomó por asalto.

—¡Al aeródromo!—gritó al chofer—. ¡El doble de propina, si llegamos antes de diez minutos!

Y el auto partió como una exhalación.

Víctor continuaba su peroración:

—¡Yo soy, ante todo, un caballero, Tam! ¡No crea usted todos los cuentos chinos que contaba Valli de mí! ¡No tengo más que el pequeño defecto de beber alcohol en lugar de agua! Pero es que no me agrada criar ranas en el estómago. Todo es cuestión de gustos y yo no me he de oponer si a usted le gusta lo contrario. Verá usted como seremos dichosos. Incluso, por usted, soy capaz de...

Los transeúntes se volvían a su paso, al ver como iba hablando solo aquel caballero de chistera. Había comentarios para todos los gustos...

—Soy capaz hasta de dejar mi profesión de bailarín. Bien mirado, después de todo, no estaría

J Q U É V I U D I T A I

bien que el marido de una millonaria entretuviera con danzas a los demás, ¿verdad? O si no, sí. ¡Mejor! ¡Qué gran reclamo! Yo...

Aquí, bruscamente, quedó cor-

tado el hilo del discurso, porque, para desgracia de Víctor, le salió al paso un pozo de registro telefónico que estaba abierto y en el que se precipitó aparatosamente.

\* \* \*

El monstruo de los aires cruzaba el océano a una velocidad fantástica. A lo lejos comenzaba a dibujarse la sombra gris de la costa americana. De ella un punto avanzado señalaba dónde estaba la estatua gigante de la Libertad.

Los viajeros del Dornier gigante estaban de enhorabuena. Todo el viaje habían venido riendo y celebrando un acontecimiento fausto y original. Una pareja de novios habían sido casados en pleno aire, por un pastor protestante que, casualmente, viajaba en el aeroplano.

Un comerciante de Nueva Orleans que se había distinguido por sus libaciones durante la travesía, propuso el último brindis:

—¡Señores! ¡Bebamos una vez más por los novios de a bordo!

Todos corcaron alegremente la proposición, pero entonces el *barman*, que ya tenía preparado el cartelito de "Cerrado", advirtió:

—¡Dense prisa! ¡Vamos a volar sobre la estatua de la Libertad... de la libertad de "no beber"!

En tanto, en la proa del aparato, la joven pareja se arrullaba. Tam contemplaba enternecida la

ciudad de Nueva York que se agrandaba rápidamente ante sus ojos. Gerardo la tenía enlazada por el talle.

Y los labios de ella, como evocando, desgranaban lentos una canción, aquella misma que, en una noche de luna, entonaran para el hombre querido.

Cuando terminó, su marido la miraba extasiado.

—¿Me quieres?—murmuraron sus labios—. ¿Desde cuándo?

—Te amo—fue la respuesta de

Tam, al tiempo que le enlazaba el cuello—, desde que canté para ti esa canción...

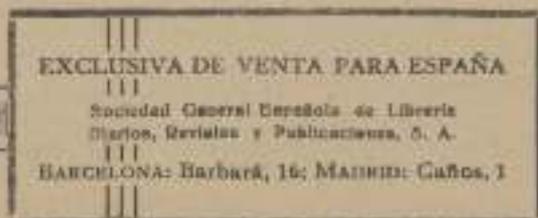
Y el eterno epílogo del amor, selló los labios de la alegre viudita, ahora la-reposada señora de Morgan.

Y en el cielo bello de Nueva York, el avión gigante volaba majestuosamente en demanda de la tierra del aeródromo donde iría a posarse para reponerse de la fatiga de su inmenso vuelo a través del espacio...

## FIN

**NOTA IMPORTANTE:** Si le interesa alguna novela y no la encuentra en su quiosco o librería habituales, pídanosla y, contra remesa de su importe en sellos de correo o giro postal, según su cuantía, se le enviaremos seguidamente.

**Pida los últimos catálogos de Ediciones Bistagne**



# COLECCIONE USTED

los famosos libros de las ediciones especiales

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS

La Vinda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Srogoeff u El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantón, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desolada.—Casanova.—Hotel Imperial.—La duquesa Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Buen Gusto.—Los Venecianos del Fuego.—La Meriposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiantil.—Ana Esrenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Días.—¡Ris, risus, ris!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—Nostalgia.—La ruta de Singapur.—La Acría.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Crímenes, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluz.—Los cosacos.—Icaros.—El cuervo de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 38.—Espejismos.—Evangelios.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egipcios.—La Máscara del Diablu.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguita.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadi.—El pesador de perlas.—Santa Isabel de Cerros.—Los dos hoérfanos.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Dillkatzen.—Del mismo barro.—Escaladas.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans-Gêne.—Sombras de alabastro.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran paraiso).—El valiente.—De frente.—marchant.—Fium.—El presidente.—Romance.—El gran chava.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de una zorra.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorreíble.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-Hi-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío será!—¡Alabuya!—La mujer que amamos.—Al compás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Rucy, mujer de pasión.—La vinda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—España a media.—Eclipses de la moda.—Poco Calé.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¡Cancero a tu mujer!—El millón.—La mujer X.—Gente negra.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truzcadas.—La herca del mar.—Tabú.—El pecado sucia.—Papá piernas largas.—Trader Horn.—Un yamú en la Costa del 25 Arturo.—El Código penal.—La pura verdad.—Materialidad o El derecho a la vida (fuera de serie).—Caibón (La tragedia de la mina).—Emadantina.—Las peripecias de Skippy.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

## PRÓXIMOS NUMEROS:

La grandiosa novela

### **El camino de la vida**

(Primer film ruso hablado y cantado)

Apasionante obra pedagógica de fondo sensacional y moralizador

La novela romántica

### **Noches de Viena**

por Vivienne Segal y Alexander Gray

¡Novela que deleitará a todos!

\*

RECUERDE ESTOS TÍTULOS:

### **MAMÁ**

por Catalina Bárcena, Rafael Rivelles, María Luz Callejo, Julio Peña, José Nieto, etc.

El film perfecto en perfecto español. Maravilla de la FOX

### **Cheri-Bibi**

La más formidable creación de ERNESTO VILCHES, el gran maestro de la caracterización. Magnífica producción hablada en español, con María Ladrón de Guevara, María Tubau, María Luz Callejo, etc. Es un film METRO-GOLDWYN-MAYER

### **Camarotes de lujo**

(TRASATLANTIC)

por Edmund Lowe, Lois Moran

En español

Éxito asegurado

Haga sus encargos suplementarios desde ahora mismo

### **EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre y únicamente lo mejor

## ¡Últimos grandes éxitos!

- El precio de un beso, por José Mojica y Mona María. (6 ediciones)  
Del mismo barro, por Mona María y Juan Torana. (6 ediciones)  
Ladrón de amor, por José Mojica y Mona María. (4 ediciones)  
El valiente, por Juan Torana. (2 ediciones)  
El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)  
El gran cberco, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert. (2 ediciones)  
Sevilla de mis amores, por Conchita Montesnegro y Ramón Navarro. (3 ediciones)  
Ben-Hur, por Ramón Navarro y May Mac Avoy. (Edición popular)  
Baja las lechuzas de París, por Albert Préjean, Paula Ylbery y Gastón Modet  
Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angella Benitez y José Crespo  
Montecarlo, por Isaacette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)  
Camino del infierno, por María Alba y Juan Torana (2 ediciones)  
El gran desafío, por John Gilbert y Rando Adoré. (Edición popular)  
Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Farnum, Hobart Bosworth, etc.  
La viuda alegre, por Max Marrey y John Gilbert. (Edición popular)  
Ángelos del infierno, por Joan Harlowe, Janus Hall y Ben Lyon  
El impostor, por Juan Torana, Blanca De Castellón, Carlos Villartas, etc.  
Esclavas de la moda, por Carmen Larrabáñ, Blanca de Castellón, Julio Peña, Félix de Pomés, etc.  
Petit café, por Maurice Chevalier, Ivonne Valles, etc.  
Hay que casar al Pelelope, por José Mojica, Conchita Montesnegro, etc. (4 ediciones)  
El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Rivellín, Bivira María, etc. (2 ediciones)  
En cada puerto un amor, por José Crespo, Conchita Montesnegro, Juan de Laude, etc.  
Marruecos, por Marieta Dietrich, A. Méjico, G. Cooper, etc. (2 ediciones)  
¿Conoces a la mujer?, por Carmen Larrabáñ, Ana María Custodiu, Rafael Rivellín, Miguel Ligeró, Manuel Arbó, etc.  
El millón, por Annabella, René Celestev, Vanda, Greville, etc.  
La mujer X, por María Ladrón de Guevara, J. Crespo, R. Olivares (3 edic.)  
Gente alegre, por Rosita Moreno, Roberto Bay, Ramón Pereda, etc.  
Mar de fondo, por George O'Brien, Marjoe Leasing, Mona María, etc.  
La llama sagrada, por Bivira María, Martín Garralaga, Luana Alcañiz, etc.  
La ley del hierro, por José Mojica, Carmen Larrabáñ, etc. (3 ediciones)  
La fruta amarga, por Juan de Laude, Virginia Pábraga, etc. (2 ediciones)  
Vidas truncadas, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.  
La fiara del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.  
Tabú, interpretada por naturales de las islas donde se desarrolla la acción.  
El pasado acusa, por Luana Alcañiz, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
Papá piernas largas, por Janet Gaynor, Warner Baxter, etc. (2 ediciones)  
Tratar Hora, por Harry Carey, Duncan Renaldin, Ewina Booth, etc. (2 ed.)  
Un yampai en la costa del rey Arturo, por Will Rogers, William Farnum, Mauricia O'Sullivan, Frank Alberison, Myrna Loy, etc.  
El Código penal, por María Alba, Barry Norton, etc. (2 ediciones)  
La pura verdad, por Enriqueta Serrano, Manuel Russell, etc.  
Maternidad o el derecho a la vida (fuera de serie) (2 ediciones)  
Carbón - La tragedia de la mina  
Estudiantina, por Ramón Navarro, Dorothy Jordan.  
Las peripetias de Skippy, por Jerôme Cooper, Robert Coogan, etc.

---

**PIDA A SU VENDEDOR**

la sensacional novela real

# **Maternidad**

o

## **El derecho a la vida**

Film humano de «PRAESENS FILM»,  
realización de E. Tissé, del grupo Eisen-  
stein (escuela rusa), con la colaboración  
de la Liga de las Naciones y de la Univer-  
sidad de Zurich. Revisión científica del  
doctor Augusto Pi y Suñer, etc.

### **16 ilustraciones del film en el texto**

Esta novela se recomienda por eminentes  
personalidades a todas las mujeres y a  
todos los hombres

Por su carácter especial, humano y social,  
publicamos este asunto en esta colección,  
pero fuera de serie, es decir, sin numerarlo.

**Precio popular: 1 peseta**

Acaba de aparecer la segunda edición

---

Adquiera las interesantísimas **BIOGRAFÍAS**  
de los famosos artistas:

**MAURICIO CHEVALIER,**  
**JEANNETTE MAC DONALD,**  
**GRETA GARBO,**  
**RAMON NOVARRO,**  
**CHARLOT,**  
**JOSÉ MOJICA**

(10 ediciones)

Numerosas ilustraciones en el texto - Postal-regalo - Canciones,  
Anécdotas - Sensacionales revelaciones.

Insuperable presentación.

Precio: 50 cts.

Pida siempre, la primerísima novela cinematográfica

## **La Novela Semanal Cinematográfica**

Asuntos selectos - 52 páginas de buen texto.

Postal-regalo.

Precio: 25 cts.

No deje de adquirir:

## **La Novela Cinematográfica del Hogar**

Inmejorables asuntos - 32 páginas de amena y sana literatura

Postal-regalo en bicolor.

Precio popular: 30 cts.

Éxito de la colección  
de asuntos rusos

## **EL FILM RUSO**

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El  
pueblo del pecado, El espía, La danza roja e Iván, el terrible.

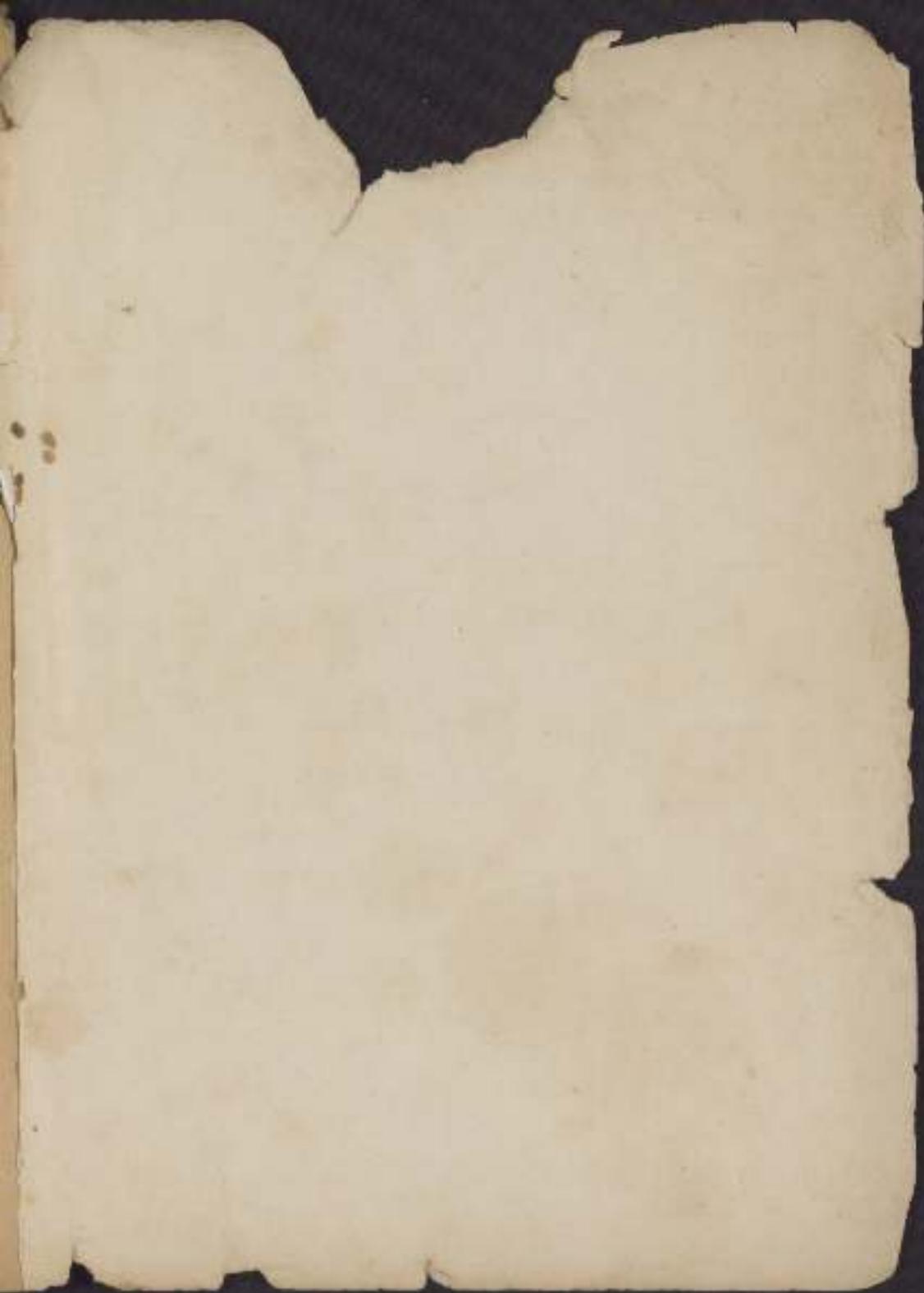
Precio: 50 cts.

Coleccione usted la nueva novela

## **EXITOS CINEMATOGRAFICOS**

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El estudiante  
mendigo.

Precio: 50 cts.



EB

Precio: una peseta